

Por último queda por indicar un acento sutil, que se le escapa al autor en muchos rincones de su obra. Me refiero a la valoración de lo que podríamos llamar el madrileñismo de ICAI. Fue, indudablemente, una obra original de los jesuitas de la Provincia de Toledo, que concentraron aquí lo mejor de sus afanes. Los estudios de ICAI-ICAIDE se convirtieron, efectivamente, en una universidad de hecho, equipada con los requisitos de una auténtica universidad (cap.VI). Faltaba el título que la convirtiera en universidad de derecho. La integración con la Universidad Pontificia Comillas supuso la coronación de una realidad universitaria preexistente. El autor explica el proceso de aquella integración y reconoce las grandes ventajas que supuso para todos. De este modo se acentuaba, con toda justicia, la aportación insustituible de los jesuitas madrileños, a la que se sumó la aportación, no menos valiosa, de la tradición y el espíritu de la Universidad Pontificia Comillas y cuantos en ella trabajaban.

Dice el autor, en las páginas introductorias, que no ha pretendido hacer solamente un libro «de regalo», de esos que no se leen. Aunque añade, no sin ironía, que, probablemente, este será su destino en muchas ocasiones. Ciertamente el libro servirá de precioso regalo, por su belleza formal, su diseño y sus ilustraciones. Pero a los escritores que no se dedican a la literatura recreativa no debe preocuparles demasiado que no se lean sus libros. Son gajes del oficio. El libro siempre queda y, aunque se cubra de polvo en una estantería, será una piedra testimonial en el edificio de la cultura. De todos modos, como dije al principio, este libro se leerá con agrado y provecho, porque está escrito con simpatía y sabiduría. Enhorabuena.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

RODRÍGUEZ, JOSÉ VICENTE, *Juan de la Cruz. Chico y grande* (San Pablo, Madrid 2007), 107p., ISBN: 978-84-285-3232-7.

Hace ahora cinco años la editorial San Pablo decidió poner en marcha una colección compuesta de sencillas biografías de las que el libro que ahora se presenta forma parte destacada. Antes de esta aportación sobre San Juan de la Cruz, vieron la luz títulos sobre figuras tan relevantes de la Iglesia Católica como Teresa de Calcuta, Edith Stein, Santo Tomás de Aquino o Juan Pablo II. En este sentido, la biografía que tenemos en nuestras manos responde plenamente a la condición de «libro de bolsillo», buscando una lectura ágil y fácilmente comprensible que sea capaz de atraer el interés no sólo de los especialistas en el tema, sino también del gran público. Ello explica el hecho de que, por ejemplo, el autor haya querido prescindir de todo aparato crítico (sólo hay una nota a pie de página, concretamente en la página 79), y que ni siquiera haya una sucinta bibliografía al final de la obra. En realidad, lo que José Vicente Rodríguez pretende es sintetizar en pocas páginas una vida intensa y fructífera y, desde esa perspectiva, llama la atención el hecho de que, a modo de conclusión, realice unas «evaluaciones» donde ofrece su visión más personal sobre este célebre santo de la Iglesia Católica.

Así, el autor ha querido dividir el libro en tres partes fundamentales. La primera es la titulada «Juan de Yepes», y transcurre entre 1542 (año de su nacimiento) y 1563. A continuación nos habla de «Juan de San Matías», una fase que dura exactamente un lustro (1563-1568). La tercera y última parte es la centrada en el «Juan de la Cruz»

(1568-1591), abarcando ésta tres cuartas partes del conjunto de la obra por razones más que evidentes (es la fase vital donde lleva a cabo toda su actividad apostólica). Como ya hemos comentado, el libro concluye con unas «evaluaciones» donde el autor quiere recordar o resaltar los aspectos más destacados de la vida de San Juan de la Cruz, contextualizándolos en el lugar y momento debidos.

José Vicente Rodríguez destaca en esa primera fase de la vida de este santo castellano el hecho de haberse convertido en huérfano a una edad muy prematura. Una orfandad que vino acompañada de la circunstancia de haber nacido en el seno de una familia muy humilde. Ello había obligado al todavía «Juan de Yepes» a buscar posibles soluciones para él y su familia, teniendo que combinar, desde sus primeros tiempos, el trabajo con el estudio. Algo que fue especialmente difícil si se considera que hubo de hacerlo en un mundo tan complejo como es la de las ferias: «aquel mundo de feriantes, pícaros y enredadores», dice de manera muy expresiva el autor del libro. Le encontramos también sirviendo en el hospital de Medina para enfermos contagiosos. Desde esa perspectiva, José Vicente Rodríguez afirma que todas estas circunstancias acabaron siendo claves en el hecho de que San Juan de la Cruz siguiera desde su juventud una clara opción por la pobreza, sintiéndose naturalmente solidario con los que menos tenían. También fue durante estos años cuando pudo tomar contacto con la Compañía de Jesús, beneficiándose de los innovadores métodos pedagógicos que los jesuitas habían puesto en marcha. El autor se muestra rotundo al respecto: aquellos años en los que pudo estudiar (1559-1563) serían claves en la formación humana, espiritual e intelectual del futuro santo de la Iglesia.

Los años de Salamanca, que se prolongarían en la década de los sesenta, serían muy productivos para San Juan de la Cruz. Conocería a toda una eminencia intelectual como Fray Luis de León, pero, sobre todo, se fundiría plenamente con el espíritu del Carmelo (el autor reconoce que este es un tema todavía muy poco conocido), lo que le llevaría a querer convertirse en cartujo y a ordenarse sacerdote en 1567. Pero no fue en Salamanca donde conocería a esa también gran mística que era Santa Teresa de Jesús, sino en Medina del Campo. Prácticamente desde el primer momento, y a la luz de las páginas que nos ofrece el autor, se vería una gran sintonía entre ambos santos, aunque para José Vicente Rodríguez lo que resultó fundamental fue la gran capacidad de persuasión que tenía Santa Teresa de Jesús.

En 1568 el que ya se había convertido en «Juan de la Cruz» va a iniciar su etapa más activa, tras años de discernimiento y de consolidación de su vocación religiosa. Se convertiría, así, en un hombre clave dentro de los carmelitas descalzos, siendo, de manera consecutiva, maestro de novicios, maestro de estudiantes, superior de varias comunidades (El Calvario, Alcalá, etc.), Vicario Provincial de Andalucía y, finalmente, Consejero del gobierno general de la Orden. Todos estos cargos conllevarían numerosas dificultades para las que demostraría estar siempre preparado: la marginación, la persecución, la incomprensión... Al mismo tiempo, San Juan de la Cruz se confirmaría como un gran intelectual, que había sabido aprovechar al máximo la formación recibida en sus años de Salamanca.

El autor dedica la última parte del libro a relatar de manera muy detallada los últimos días de San Juan de la Cruz, probablemente con la idea de reflejar esa gran interioridad y ese profundo sentido trascendental que siempre le habían caracterizado. A partir de ahí, José Vicente Rodríguez destaca las numerosas virtudes que siempre

destacaron en este religioso carmelita, y que se resumen en una frase de Santa Teresa: «Le tienen por un santo, y en mi opinión lo es y lo ha sido toda su vida». Así, la biografía concluye con lo que el autor denomina «pinceladas marianas», que sirven, a su juicio, «(...) como mirilla para ver su confianza, su piedad, su amor entrañable a la Virgen».

En definitiva, nos encontramos ante una sencilla aportación sobre la vida de San Juan de la Cruz que resulta lo suficientemente amplia para tener una idea clara sobre cuál fue su aportación a la Iglesia, y al mismo tiempo lo suficientemente breve como para permitir mantener al lector en todo momento el interés por lo que fue una vida extraordinariamente fructífera.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CENTENO GARCÍA, JOSÉ - DíEZ MAESTRO, LUIS - PÉREZ PINILLOS, JULIO, *Curas obreros* (Herder, Barcelona 2009), 340p., ISBN: 978-84-254-2622-3.

Uno de los fenómenos más llamativos de la Iglesia Católica española durante el Posconcilio fue la existencia de los llamados «curas obreros». Se trataba de sacerdotes que consideraban que su labor pastoral no podía limitarse a la actividad puramente parroquial, y que un excelente campo de evangelización era el mundo del trabajo. Más en concreto, aquellos lugares donde se concentraba la «clase trabajadora» (también llamada «la clase obrera»). Estos sacerdotes, ciertamente pequeños en número pero en algunos casos muy notables en cuanto a protagonismo (quizá el caso más paradigmático resulte el de Mariano Gamó, sacerdote de la archidiócesis de Madrid-Alcalá), protagonizaron una interesante página de nuestra historia eclesial reciente que la obra que presentamos pretende sacar a la luz.

El formato de la obra es casi tan llamativo como el tema, pues no se trata de un libro al uso en el sentido de una historia de los «curas obreros» en España, sino que los mismos protagonistas son los que relatan su experiencia vital (en casi todos los casos, salvo los «curas obreros» ya fallecidos, como es el caso del jesuita Mariano González Magada). En ese sentido, el punto de partida de este libro es el Movimiento de los Curas Obreros en España, movimiento que se constituyó hace poco más de un cuarto de siglo (concretamente, en 1983) y que, como decimos, ha servido de plataforma de reivindicación de su papel en la sociedad española. Como recuerda Luis Díez Maestro en la presentación de la obra, el objeto del libro es rememorar la vida de los «curas obreros» en España desde los años setenta hasta el momento presente, y con ello «su historia, sus temores, sufrimientos, gozos y aportaciones, y toda la riqueza humana y espiritual debido a su incorporación al mundo del trabajo, a los movimientos eclesiales y a las organizaciones obreras o sociales».

Díez Maestro estima en más de un millar el número de sacerdotes que decidieron adoptar este papel, de los cuales en este momento sólo quedan unos ciento cincuenta, la mayoría de ellos jubilados. En relación con ello, Díez Maestro se muestra muy crítico con la Conferencia Episcopal española, ya que afirma que, salvo alguna excepción, los obispos no supieron reconocer esta manera de ejercer el sacerdocio, lo que contrasta con el caso, por ejemplo, de Francia. Y él, desde esa perspectiva, quiere recordar que la presencia de estos sacerdotes en la sociedad fue «callada, sin llamar